

diante procesos de aprendizaje en el seno de las estructuras de acogida [Duch, 1997: 24].

Referencias bibliográficas

- ARELLANO, Antonio (1996): «Recuperar el Pensamiento Pedagógico», en: *Educar, Enseñar y Aprender*, Consejo de Publicaciones, U.L.A. Mérida.
- DUCH, Lluís (1997): *La educación y la crisis de la modernidad*, Paidós, Barcelona.
- (1998): *Mito, interpretación y cultura*, Herder, Barcelona.
- (2004): *Estaciones del laberinto. Ensayos de Antropología*, Herder, Barcelona.
- ECHEVERRI, Jesús (1993): «El lugar de la Pedagogía en las Ciencias de la Educación», en: *Objeto y método de la Pedagogía*, Dpto. de Pedagogía, Univ. de Antioquia, Medellín.
- y Olga ZULUAGA (1990): «El florecimiento de las investigaciones pedagógicas», en *Pedagogía, discurso y poder*, COPRODIC, 1990.
- FLÓREZ, Rafael (1993): «El rigor de la Pedagogía», en *Objeto y método de la Pedagogía*, Dpto. de Pedagogía, Univ. de Antioquia, Medellín.
- (1994): *Hacia una pedagogía del conocimiento*, McGraw Hill, Colombia.
- MARTÍNEZ, Alberto (1990): *La educación como posibilidad del pensamiento*, COPRODIC, Bogotá.
- (1996): «Los retos de la Pedagogía en la actualidad», en *Educar, enseñar y aprender*, Univ. de Los Andes, Vicerrectorado Académico, Mérida.
- MÉLICH, J.-C. (1996): *Antropología simbólica y acción educativa*, Paidós, Barcelona.
- (1997): «La respuesta al Otro. La caricia», en *Indígenas del Otro*. Virus-editorial, Barcelona.

EDUCACIÓN PARA TODOS LOS TIEMPOS: UNA VUELTA AL FUNDAMENTO

Marta Cecilia Vélez Saldarriaga

El mundo bosteza su tejo en medio de las convulsiones del Dios Padre que ha terminado por olvidar que para la creación, no sólo para la gestación, son necesarios dos, y no dos guerreros, como, consecuente con los mandatos de ese Dios, lo imaginó Hegel; tan poco esos dos en los cuales uno es el Uno y la otra es la vacuidad, el vacío, la falta que ha de llenarse con los muertos de las guerras en las que culmina la lógica en la que uno de los opuestos debe aniquilarse para que la superioridad y el reconocimiento del otro sean alcanzados.

Las convulsiones agónicas del Dios vomitan el fracaso absoluto de su razón, cuyo ejercicio ha sido la construcción de una verdad que tiene más de fe y dogma que de conciencia. Verdad de hierro y fuego como sus espadas y sus hogueras, instrumentos de tortura para todas aquellas, brujas por no reconoceros, para todas aquellas, histéricas por manifestar sus rebelías en cuerpos silenciosos y mudos a sus exigencias y lógicas eróticas de sumisión, por no responder con placer a sus ejercicios impositivos y violentos.

Por el bostezo, mueca de tedio y hastío, el Dios mira el mundo a punto de estallar; ya no recuerda desde hace cuánto tiempo es un Dios solitario, ya no recuerda los días de la creación; sabe, secretamente, que todo aquello no fue más que su fantasía, pues allá, en ese jardín imaginario, la desobediencia, verdadera creación, fue duramente castigada, y aquella que era su inspiradora, aquella que iba a ser ella y no puro mimio sometido y sumiso, había sido lanzada al abismo, sima de desprecio y exclusión. El mundo, entonces, fue su espejo y ellos su imagen y semejanza.

Ellos, pobres varones, hombres pobres, imágenes aterradas de una posible amputación, no crean, reproducen; no hablan, simulan; y repiten, ampliándolo, eco de exclusión, el grito guerrero de su Dios guerrero; y en las imágenes múltiples del mundo, espejo y semejanza de Dios, se matan entre sí creyendo que la diferencia, tempranamente vuelta pecado, exclusión e inferioridad, se reproduce en los rostros de aquellos que son ellos mismos.

✓ La pregunta por la educación ha sido siempre urgente pues en ella va otra, acaso más honda, acaso más oscura y misteriosa: la pregunta por nosotros mismos en la trama del tránsito de la humanidad en la tierra y en el contexto de nuestras relaciones, múltiples y diversas, con nuestros semejantes y con la naturaleza. Indagar por la educación en la dirección de la humanidad en su residencia en la tierra, abre dos caminos: primero, aquel que interroga por el surgimiento, elevación misteriosa desde esa conspición celular, enigma y asombro en el que los anillos de carbono, la vida, se hacen imagen, lenguaje, pensamiento, risa, vivencia. Y segundo, la pregunta que, en el camino de la humanización, apunta a los aprendizajes y creaciones, a las conquistas, accidentes y dolores de ese despliegue de lo humano en su residencia en la tierra.

✓ Desde los orígenes de la civilización, dos preguntas se abrieron, pues, de forma singular: la pregunta por la naturaleza como indagación acerca de su composición, «de qué estaban hechas las cosas, la vida», y la pregunta por el alma, la pregunta por nosotros mismos, «quién soy», dirigida al oráculo y convertida en lazo e hilo de ese viaje en búsqueda de las razones, profundas e invisibles, sobre las cuales se sostiene el ser del humano y nuestra más profunda especificidad. El oráculo era el soporte de esa pregunta por el alma y su respuesta, decir primordial y primitivo, estaba contenida en el mito.

✓ El mito surge, entonces, como respuesta, equívoca y polisémica, a la pregunta del ser humano por su ser y por la especificidad con la que hace su emergencia en la historia y en el acontecer de la vida. No contiene éste claves unívocas, lineales ni menos aún literales, así como tampoco es una especie de compendio de respuestas claras como se exigen y quieren las respuestas hoy. El mito juega a la pluralidad y a la multiplicidad de vías porque sólo allí, y únicamente allí, la diversidad humana y la complejidad vital que garantizarían su sobrevivencia son posibles. Las

respuestas del mito abren ámbitos, señalan espacios, umbrales y sentidos en los que el sujeto humano se juega su porvenir en la comprensión de sí mismo, esto es, en la comprensión del sentido que le acontece como determinación y especificidad y en la realización de ésta en el devenir de sus días, en su historia.

El mito es, entonces, la imagen de un enigma cuyo acertijo es el ser humano; como imagen refleja y muestra, revela y pone enfrente, y su revelar es hondura psíquica, imagen animica. Como habla fundamental y primigenia, posee las claves del saber acerca de nosotros mismos e, igualmente, las llaves para la comprensión del sentido de nuestro ser y de nuestro estar individual. Así, el mito se propone, desde el fundamento, como aquello ante lo cual lo humano debe descifrarse a sí mismo; es, así, oráculo y esfinge, siendo la vida y lo humano lo que allí debe ser descifrado; guarda y acoge, pues, el misterio, el misterio tremendo de nosotros mismos, el misterio ante el cual cada ser humano encuentra las cifras de su estar en el mundo y los jeroglíficos de su pertenencia, conexión entonces, con la errancia de la humanidad toda.

Plantear el mito como imagen psíquica nos permite, así mismo, afirmar que es espejo, y que, por tanto, el objeto allí reflejado es imaginado como mito, o para decirlo en otros términos, que el alma humana se presenta y evidencia bajo la forma de imágenes; mas el alma es ella misma imagen, lo que nos obligaría a pensar que tanto el mito como el alma cumplen una función imaginaria recíproca, es decir, siendo ambos imágenes, el mito espeja al alma y el alma se imagina, se proyecta en el mito. El mito sería, así, el *spéculum* del alma y el alma se especularía en el mito.¹

Sin embargo, la pregunta por el ser del humano, por su alma, y por el suelo, almacigo, desde el cual se eleva y desarrolla su presencia fenomenica en el mundo, pregunta que toca al mito como a su fundamento y a su posibilidad más radical y auténtica, ha ido perdiendo su rastro. Y la educación, olvidada de su fundamento y del suelo desde donde la humanidad se aprende a sí misma, ha sido dejada atrás y se ha convertido en información y adiestramiento. Poco o nada se dedica allí a la reflexión, poco o nada a la meditación o al tiempo lento y enigmático del encuentro con el ser.

La educación ha dejado de ser, como lo fue en el tiempo de nuestra fundación, tiempo iniciático de un camino que fue can-

1. Especular: examinar algo con atención para estudiarlo.

celado y amortizado, el oráculo donde asistamos para escuchar de las pitonisas, sabias, posesas visionarias de imágenes —míos—, la cadena imaginaria, red en la que se significaba y soportaba nuestra vida, la de cada consultante, y a partir de la cual ésta se elevaba para devenir historia, carne, vida vivida, *patios* erótico, tiempo de asociación, salto hacia la confrontación con el ser en ese devenir llamado historia.

Y al afirmar que la educación ha perdido el rastro de su fundamento y con ello se ha convertido en información, manipulación de unos instrumentos y destreza en la aplicación de éstos sobre la naturaleza, manifiesto que la pregunta por nuestro ser en el contexto de la humanidad y en el desgarramiento de nuestra especificidad, se ha abandonado; mas afirmo, igualmente, que la educación, al renunciar a su inspiración en el mito, al perder el umbral desde donde se acogfan, vientre y útero, las preguntas por el acontecer y significarse de lo humano y de la vida, se ha desalmado, se ha desalmado, diciendo con ello que ha arruinado su ímpetu vital, la fuerza de su inspiración, el aire esencial de su movimiento.

Con el máximo desarrollo de la razón expresado en el dominio y destrucción de la naturaleza y en el enorme avance científico y tecnológico, hemos creído rozar con las manos, con las yemas de nuestros dedos, rozar casi hasta alcanzar el fin de la noche, el límite de las tinieblas, el borde de todas las oscuridades, la derrota de la barbarie y de la animalidad que tenemos por fundamento, la doma del instinto y la superación de nuestra pertenencia a la naturaleza, el límite, en fin, de nuestra irracionalidad.

Sin embargo, ante la realidad de lo que dolorosamente vivimos: extermínio sistemático de la diferencia, guerras, masacres, invasiones y hambrunas, muerte de millones de niños, esclavitud e indignidad humanas, desplazamientos forzados de pueblos enteros, desaparición de etnias, devastación de la naturaleza y desequilibrios por doquier; es en la vivencia de todo esto, decía, que se hace urgente e imperativa una vuelta a los fundamentos de la educación, a aquello que allí, como su hacer primordial y radical, ha sido olvidado y se ha tornado imposible precisamente por haber sido reprimido en los cimientos mismos de la cultura occidental.

Respecto a lo que debe ser reconocido como fundamento y desarrollado como búsqueda de la educación, comprendo la afir-

mación de Freud según la cual hay tres tareas imposibles: educar, psicoanalizar y gobernar; mas olvidó decir para quiénes y bajo cuál o cuáles modalidades culturales, históricas e ideológicas son éstas tareas irrealizables. No se trata de una falla en el origen como tampoco en lo que ellas buscan y se proponen; se trata, por el contrario, de un impedimento que proviene de la cultura en la que se tornan improbables. Y bien sabemos que la cultura occidental, aquella en la que Freud reconocía estas imposibilidades, posee como característica esencial y fundamental, la tiranía del padre y su simbólica guerrera, tiranía que se devela en su fundamento como exclusión de lo femenino, que en ésta pasa a ser el accidente, lo subsidiario, lo marginal.

Afirmo que aquello sobre lo cual estas tareas son imposibles es el patriarcado, pues éste se mueve en dirección opuesta a lo que ellas buscan, es decir, porque lo que constituye su origen y la garantía de su permanencia es, precisamente, tornar imposible, reprimir, amortazar, volver estéril, en fin, lo que estas tareas se proponen en su fundamento. Su imposibilidad es, pues, la posibilidad del patriarcado, lo que lo funda, lo mantiene y le garantiza su expansión con sus devastadoras y catastróficas consecuencias.

El impedimento para educar, psicoanalizar y gobernar declara y evidencia, además, el fracaso del patriarcado en cuanto a la posibilidad de desarrollar y cumplir lo que estas tareas exigen, puesto que este fracaso es lo que garantiza el ejercicio del poder: la exclusión y la desaparición de la diferencia que caracterizan a la cultura occidental. La decisión ética y responsable, amorosa, erótica y hermenéutica de hacer posibles estas tareas exigirá, por tanto, las acciones encaminadas a derrocar al patriarcado y con ello, producir el derrumbe de sus mortales consecuencias. Esto supone una demolición: destruir el patriarcado para re-fundar una cultura de la diversidad, y no, como suponen muchos, reformarlo dejando sus fundamentos y recomponiendo las apariencias, las fachadas.

Lo que en el siglo de Freud, lo que en ese momento histórico atroz, brutal y desalmado se puso de relieve de manera que nunca como entonces estas tareas se mostraron imposibles, lo que la muñeca moribunda y la náusea de un Dios padre solitario y desahuciado, ensimismado en su megalomanía y en su ebriedad de sangre, ponía en evidencia, lo que la agonía de una razón, haciendo aguas por todas partes, que fracasaba en todos sus sueños y proyectos, desequilibrada en más de un sentido y asentada

sobre la ignorancia de su fundamento, expresaba y denunciaba, era el naufragio, el fracaso y el final del sueño olímpico, aéreo y luminoso que quiso apartar de sí la oscuridad del fundamento, la noche profunda desde donde se elevó la conciencia, y excluir, enviar a la periferia y destruir todo cuanto le era adverso a su proyecto negador, hegemónico y omnipotente.

Con el grito de millones de víctimas, espirales de humo, holocausto, noche en la noche acontecida, devastación y muerte de multitudes, se reveló el quiebre espiritual y la ruina simbólica de la cultura patriarcal en la que, pese a que los varones creen estar en el culmen del desarrollo y en la felicidad que debía serle consecuente, sus vidas son estériles, sometidas y esclavizadas por el Gólem que ellos mismos han construido. La guerra y sus consecuencias, paisaje también de cuervos derrotados, son el resultado del proyecto occidental que mítica y simbólicamente se inauguró con la destrucción, la segregación y la muerte.

El proyecto, éste de la tiranía de los valores masculinos y la exclusión de lo femenino y de la vida, que aún no ha sido derrotado y que por tanto continúa haciendo imposible educar, psicoanalizar y gobernar, ha querido disminuir con sus poderes y artimañas, fundamentalmente lógicas, la visión de las enormes consecuencias que aún vivimos del holocausto, ha vuelto más sutil el ejercicio de las técnicas de destrucción que allí desarrolló y que continúa perfeccionando, y ha escondido y querido justificar mediante conceptos aparentemente asépticos y transparentes, esa transparencia que es también espejo, el desaparecimiento de pueblos, etnias y culturas.

El veneno de la segregación y del exterminio que caracteriza al patriarcado y que tiene como consecuencia lógica la construcción del imperio en todas sus formas, corre por las venas de las individualidades humanas y de los pueblos como impotencia e imposibilidad de expresar y actuar en la historia, la diversidad que les es inherente. Y así como *la solución final* fue el espejo que reflejó el odio y el horror a la vida reprimido en el fondo del alma de la cultura occidental, el exterminio y silenciamiento de lo femenino es el punto a partir del cual podemos acercarnos al origen de esa profunda insensibilidad frente a la vida que ha fundado y caracterizado a Occidente y que hoy lo sigue caracterizando bajo las formas sutiles y escondidas a partir de las cuales el imperio informa y actúa sus expansiones.

Las guerras son eco, pues, de esa otra guerra fundacional que inauguró a Occidente con el asesinato de una doncella y determinó con ello el camino de sus segas y búsquedas, sus valores y modos de vida; mas, allí se señaló, también, el porvenir simbólico, guerra y odio hacia lo femenino, destrucción y exclusión de la mujer y de la vida, cuando otra doncella² fue entregada como botín de guerra a un guerrero muerto. Círculo perverso, abierto y cerrado con la muerte, inicio asesino el de la guerra; degollamiento de jóvenes vírgenes a guerreros muertos, el final de la guerra. ¿Hubo realmente un final o desde entonces continuamos sacrificando las mujeres y la vida a guerreros muertos que exigen su botín de guerra?

En este acontecer simbólico, revelación mítica, pues el mito es cauce por y sobre el que corre la historia, planilla y cartografía simbólica a partir de la cual comprendemos lo que nos acontece y encontramos el sentido de nuestra residencia en la tierra, aprendemos que al arrancarle la vida a una doncella para entregársela a un guerrero muerto, se determina, huella y marca, la creación y herida, lo que será esencia de Occidente y, por tanto, esencia del patriarcado. Esencia y fundamento, entonces, de la cultura occidental es la exclusión, la muerte y el exterminio de quien funja como el otro o lo otro de sus categorías y universales, como el otro de lo que *El* considera válido y verdadero. Ruina y derrota espiritual el fundamento mismo de la historia de Occidente, mas ruina y derrota porque aquello que es su fundamento, aquel útero, ámbito simbólico de todo devenir y gestarse de la historia, fue allí silenciado, sometido, degollado en los cuellos cortados de esas vírgenes doncellas.

Ahora bien, ¿qué es lo que cada una de estas tareas busca y qué pretenden develar y actualizar en la humanidad, de manera que se revelen imposibles en medio del culmen del proyecto patriarcal en cuanto exclusión, asesinato, guerras y desigualdades? ¿Qué es lo que debemos reconocer tras su imposibilidad, si no queremos perecer en ese narcisismo masculino en el cual todo es su reflejo y todo su espejo, todo su imagen y todo efectos de su decir excluyente y de su gramática monoteísta? Educar, gobernar y psicoanalizar implican asuntos cuya realización exigiría la superación

2. Se trata del comienzo y del final de la guerra de Troya. Ésta se inicia con el sacrificio de Ifigenia y termina con el sacrificio de Polixena; entre tanto, repartición de las princesas y mujeres troyanas como botín de guerra para los guerreros.

de la exclusión y del desequilibrio que fundan al patriarcado, así como la emergencia y la puesta en el lenguaje y en la historia de cuanto ha sido amordazado, ignorado y silenciado por no poder ser expresado en la práctica lingüística de sus universales.

Lo imposible de estas tareas no proviene de algo que en ellas falle, sueño inútil, esperanza vana, evanescencia ilusoria; no se trata de algo que no pueda ser pensado, realizado o actualizado, sino de algo que debe ser recuperado, arrancado de las entrañas mismas donde se gesta la historia, sacado del olvido, arañado del suelo hoy pavimentado del fundamento; se trata de algo que debe ser traído desde los orígenes mismos de lo humano, rescatado de los fragmentos y restos que, escapados de la colonización, la reinterpretación y la resignificación, podemos recuperar de aquel ámbito primordial del mundo protohistórico³ que es el útero arqueotípico y fundacional del elevarse de lo humano en el desarrollo de su conciencia. Señalo hacia aquellos pensamientos, modos, gestos, sentires y concepciones que, pese a la voluntad de ser oscurecidos, ocultados y sometidos al olvido, se encuentran, sin embargo, en el fundamento simbólico, y son fundaméntica de nuestro proceso de humanización.

Educar, gobernar y psicoanalizar implican la superación de la exclusión originaria y fundacional desde donde eclosionan todas las demás segregaciones, asesinatos, desequilibrios y desigualdades que destruyen la existencia de la diversidad y de la diferencia, hasta culminar con la imposición de un solo sexo, un solo sujeto, una sola lectura de la vida, una sola dimensión del deseo, una sola raza, una sola religión, un solo mundo, un solo valor, una única economía, una sola lengua y un único lenguaje, en fin, un solo Dios. La práctica real de la educación y la búsqueda de la libertad y del desarrollo humano que ella implica supone, en consecuencia, asuntos cuya realización exigiría la terminación de la exclusión y del desequilibrio que fundan al patriarcado, así como la emergencia y la puesta en el lenguaje y en la historia de cuanto ha sido amordazado, ignorado y silenciado por no poder ser expresado en la práctica lingüística de sus universales.

3. Y no prehistórico, en la medida en que lo primordial, lo protico es siempre aquello desde donde acontece el despliegue, la manifestación. Lo protico y lo protohistórico son aquello que como canto y enigma, como oráculo y misterio, se eleva en el tiempo y es entonces vida, acontecimiento.

Educar, psicoanalizar y gobernar son imposibles allí donde es práctica la exclusión del otro, de la diferencia y de la diversidad, convirtiéndolo en extraño, extranjero, ajeno, periférico, marginal, antisocial, enemigo, paria y apestado. Cada una de estas tareas posee en sí misma el ímpetu, la fuerza y el objetivo que se opondrían y marcharían en contravía, precisamente, de la exclusión y a la marginación, en tanto cada una de ellas, a su manera, tiene, al menos como ideal y cuando no se encuentra al servicio del poder, plantar en el mundo y desplegar en él la especificidad y la multiplicidad con la cual acontece la vida y se despliega el alma humana. Y gobernar, acaso la más deformada de las tareas en su comprensión y en su ejercicio, apelaría a un gobernar/se en la dirección de esta puesta en el mundo y del ejercicio ético de desarrollar el ser en su diversidad. No se trataría, en este caso, de gobernar alguno ni de esquemar, se trata del autogobierno y, por tanto, de la libertad.

Al afirmar que la pregunta por el ser del humano y por su especificidad en el despliegue de su vida personal y en el plano de la colectividad humana ha sido cifrada en el oráculo y en el mito como sus ámbitos originarios, he querido decir que es allí donde la educación encuentra el fundamento de su hacer y de su búsqueda. Porque el mito posee el germen de aquello que posteriormente se desarrolla como vivencia, pensamiento y conocimiento, porque éste ha sido el revelarse primigenio de lo humano en su relación con la naturaleza, las imágenes míticas nos permiten acercarnos a las coordenadas por las cuales desfilaba nuestra vida, nos donan las claves o gírales de nuestro porvenir y nos posibilitan los caminos a partir de los cuales podemos transformar la cultura y el profundo sufrimiento que la conciencia deja tras la intensa estampida de sí misma para no ver en las muecas de dolor el fracaso de su proyecto.

→ Comprendo la educación, en consecuencia, como aquel proceso mediante el cual el ser humano se ve enfrentado al reconocimiento de sí mismo en el devenir de la humanidad y, en consecuencia, es posibilitado para el descubrimiento y el despliegue de lo que más específicamente le corresponde: su misinidad, introduciendo con ello asuntos profundos de la vida, inéditos en la cultura. La educación se propone, en su fundamento, permitir al humano la pregunta por sí mismo y la construcción de su diversidad en el panorama de la cultura y de su actualidad histórica. Significa esto

que ella debe abrir los espacios, mostrar las direcciones y generar los sentidos a partir de los cuales encontremos los arcanos de nuestra excepcionalidad y podamos proveernos de la comprensión que nos dará el ímpetu y la fuerza necesaria para que ello sea actuado, vivido y revelado en la biografía y en la historia.

Y en la dirección de esas posibilidades, caminos y diversidades, tenemos el mito, esa red de símbolos, diversa y enorme, que en cada anudamiento construye un haz de sentidos y en la que, en el amanecer de lo humano, éste proyectó su acontecer primordial así como las preguntas que revelaban el fundamento desde el cual aprendía y se aprendía, así como las vías de su devenir y los sentidos, múltiples, de su residencia en la tierra.

En consecuencia, comprendo la educación como la vía esencial del hacerse de lo humano, como un movimiento contrario a la homogeneización, a la univocidad y al monoteísmo que la cultura occidental ejerce sobre nosotros; la comprendo como un ejercicio que nos posibilite el conocimiento de nosotros mismos a partir del cual podamos sustraernos a las prácticas violentas en las que nuestra diversidad perece, y que nos done con ello la fuerza creativa, subversiva, radical y móvil para que la/el otro no sea amordazada(o).

Por tanto, la educación estaría llamada a impulsar nuevas miradas y nuevas direcciones desde el amplio panorama simbólico del mito, pues desde allí tomaríamos la guía y la fuerza para internarnos y vaciar esta cultura monolítica que sólo dialoga con lo igual, con lo mismo, de manera que sean posibles otras vías diferentes a aquellas despojadas y estériles, vías infecundadas por petrificadas; otras vías imaginarias y otras lecturas de las imágenes míticas de manera que nuestro yacer sea simbólico y no el acontecer petrificado que supone una lectura fosilizada de cuanto acontece y se eleva desde la profundidad del alma.

Así, el encuentro simbólico con la diversidad de caminos que el mito acoge y que inauguraría inéditas articulaciones significantes, así como un nuevo suelo heterogéneo e incomparable que posibilitaría, igualmente, la comprensión psíquica y la actualización histórica de quienes somos, sería fertilizada y posibilitado por el ejercicio educativo y por la práctica libertaria de cada vida humana.

La educación, tarea imposible en el patriarcado, trabajaría por la emergencia de la profundidad de cada alma en contra de

la normalización y en nombre de la diversidad, contra la estandarización y a favor de la multiplicidad, por la especificidad y en vías a posibilitarla, de manera que aquello que hoy denominamos normalidad, no sea el molde de una cultura que impide el desarrollo del ser de cada individuo, ni la lógica el enorme esfuerzo por volver naturales y normales los proyectos del poder y sus ejercicios asesinos y destructores, así como tampoco sea tarea del pensamiento la fundamentación del exterminio y la justificación del horror. Así y sólo así, la educación respondería a lo que ella es: educar, del latín *edūcere*, sacar fuera.

De esta manera, la educación fomentaría y permitiría la emergencia y expresión de la enorme riqueza de modalidades del ser y no sería la extirpación sistemática de la especificidad y de la diferencia que ésta, al servicio del poder, de la normalidad, de la estandarización y guiada por los valores de esta cultura narcisista y hegemónica, ha realizado taponando el arcano que todo ser humano está llamado a desplegar en el mundo, a actualizar en su vida. Pues la persecución y exclusión de cada expresión portadora del misterio, de cada enigma expresado en comportamientos alejados de la norma o de aquello que funge como lo normal, no es más que la enorme incompreensión de lo que este enigma, en tanto símbolo e imagen, busca actualizar en el mundo y en la cultura.

Por fuera del mito como red simbólica que sostiene la imagen y el lenguaje, la biografía y la historia, o por fuera de su elemento primordial, el símbolo, la vida ingresa en el espacio plano de la uniformidad, la literalidad y la sucesión lineal y cronológica de unos acontecimientos desprovistos del sentido que los reúne y asocia. Por ello, la educación que recibe sus órdenes y acepta los modos y las metas que el poder le impone, ejerce sistemáticamente la devastación simbólica y la esterilización del suelo primigenio desde donde el humano puede aprender; ver reflejada, la posibilidad de su diferencia y de su especificidad, fomentando así la división y separación que crea la profunda soledad en la que se instala el automatismo que le es consecuente.

La educación, al servicio del poder y mediante el ejercicio del terror, la amenaza y el miedo, arrasa todo fundamento, toda asociación de acontecimientos, y rompe aquellos eslabones que permitirían detectar y descubrir las semejanzas que harían intrumpear las diferencias así como las simpatías entre los seres, diversos, que permitirían amorosa, solidaria y fraternalmente la emergen-

cia de las singularidades. Mas, lo que encontramos y vivimos, lo que aprendemos en nuestras escuelas y universidades, lo que la cultura occidental enseña por doquier allí donde enseñar es su práctica y el ejercicio de su ideología, es el odio, el rechazo y la segregación de la otredad, de la diferencia, de la ajeneidad.

La cultura, desde la educación como uno de sus cimientos más profundos y efectivos, fomenta el odio, crea enemistades allí donde hay diferencias, y antisociales y bandidos allí donde hay pobreza, diversidad de costumbres, de color, y esto no es de otra manera, puesto que la educación ha sido el punto básico a partir del cual se han puesto en marcha los modos del patriarcado, donde se fomentan las desigualdades y desequilibrios y se adula y emula a esta cultura que desde ella se inculca en el alma de cada ser humano.

Es en la escuela, en el ejercicio de las normatividades y en la afiliación que ella nos hace a la cultura, donde iniciamos la carrera que reafirma y fortalece las murallas entre lo femenino y lo masculino, entre el pensar y el sentir, entre el alma y el cuerpo, entre la salud y la enfermedad, entre el ser y el estar, en detrimento de las múltiples sensibilidades y percepciones que posibilitarían nuevos anudamientos y nuevas relaciones en las cuales emergería la diversidad; es en la educación, en fin, donde se fortalece el equívoco inmovilizante y paralizador que hace de los estados del ser el ser, de la rigidez la historia y del amor esclavitud y sometimiento. Y así, ella arranca de nuestras manos la posibilidad de comprendernos en cambio permanente, desplazamiento constante sobre la red de anudamientos simbólicos, y de vivir el devenir todo de la humanidad como una aventura itinerante por los múltiples nudos y confluencias simbólicas de ese entramado mítico sobre el cual se eleva nuestra existencia individual y arborescamos como conciencias.

Así, pues, la educación, o es crítica, libertaria, plural e independiente o, al servicio del proyecto hegemónico del patriarcado y, en consecuencia, al servicio de los modos únicos y por tanto totalitarios de su acontecer, es interiorización y aprendizaje de la opresión, justificación de la desigualdad, apología del desequilibrio, de la guerra y del exterminio de la diferencia. Ahora bien, ser libertaria, plural, crítica e independiente es lo que la hace tarea imposible en esta cultura patriarcal cuya efervescencia y apoteosis es el imperio. Lo que hace a la educación irrealizable en regímenes tiránicos y hegemónicos, en una concepción mo-

notesta y en una comprensión excluyente del mundo, es la enorme soledad, esa «soledad gregaria» de la que nos hablara Hannah Arendt, cuyas fisuras son la entrada al automatismo, al sometimiento y al quiebre de toda identidad profunda y de toda especificidad psíquica.

Y ha sido esta educación perdida de su fundamento y olvidada de su raíz, la que ha tornado imposibles, igualmente, las otras tareas. La imposibilidad de una educación en la pluralidad y abierta a las especificidades de los seres humanos, ha enfermado la psique humana, la ha vuelto tremendamente frágil y la ha convertido en la gran desconocida dada la destrucción sistemática de su identidad. Lo que, además, ha permitido que gobernar, como ese consenso de diversidades, ese diálogo y acuerdo entre libertades, se haya tornado tiranía.

La violencia normativa sobre los modos del vivir, del amar y de la sexualidad, la regulación discursiva y las categorías que imponen una lengua donde el sujeto universal del discurso, de todo discurso, es el sujeto masculino; los conceptos ferreos que cierran y compactan la vida, que la arrancan de su contingencia, de su acontecer móvil y del caos en el que las probabilidades se desarrollan en los múltiples anudamientos de la red mítica que sostiene el sentido de lo humano; y la ciencia que sueña clones de clones en su repetición obsesiva e infinita porque en el mundo enfermo y vicioso del patriarcado y del capital mucho de lo mismo es mejor; todo ello se encuentra articulado sobre una falla primera: abierto el cráter de la desigualdad primordial, degozadas las niñas, quemadas las brujas, encerradas las histéricas y medicadas hasta la inconsciencia las pánicas, la desigualdad se hizo ejercicio común del poder y elemento sobre el cual se eleva toda identidad. Las mujeres, los locos, los antisociales, los enfermos, los negros, las lesbianas, los pobres, los indígenas, los homosexuales, el tercer mundo, somos la otra orilla que configura su mar, el otro lado que le da sentido al lado suyo y la exclusión que provee de sentido su soberbia y su ambición.

La exclusión de lo femenino de la cultura mutiló el diálogo a partir del cual hubieran sido posibles la reunión creativa y el ejercicio de pleno derecho a las diversidades y a las diferencias, a la otredad y a la extranjería. Este diálogo debe ser recuperado si de verdad queremos que la educación en su fundamento sea posible y adquiriera sentido al estructurarse por fuera de la neurosis

repetitiva del proyecto patriarcal. Acaso entonces no sea necesario ni psicoanalizar ni gobernar, pues el olvido de la tarea fundamental de la educación ha hecho su emergencia como patología individual y social, creando con ello la emergencia de una clínica cuya característica esencial es ocuparse precisamente del olvido.

La enfermedad es, entonces, aquella de la amnesia, de la omisión del fundamento y del olvido de las múltiples direcciones de nuestra especificidad y mismidad, que al no poder ser vividas y actualizadas en la biografía y en la historia, se actualizan mediante la patología y la enfermedad. Así, el psicoanálisis ha surgido allí donde el olvido hace estragos en el desconocimiento de nosotros mismos y, por tanto, en la emergencia, irrupción violenta e invasión de ello en la conciencia y en la historia. Mas, aquello que olvida la educación sostenida y apoyada sobre el poder, también lo olvida el psicoanálisis, cuyo cimiento conceptual parte de esa exclusión de lo femenino, pues la mujer es allí considerada un sujeto inferior, castrado y en constante movimiento hacia aquello que ella no es, hacia él, que sí lo es todo.

Si el psicoanálisis se encarga del olvido como represión, es decir, como el rechazo y el envío de asuntos desagradables por parte de la conciencia al inconsciente, la educación debe fundar su hacer en la memoria simbólica e histórica a partir de la cual podamos reconocer y asumir aquello que de diverso, especial y específico tenemos los individuos, no sólo respecto a lo luminoso y apreciado por los otros, sino, igualmente, respecto a la oscuridad del alma, aquella sombra que, dejada de lado y amordazada, aparece proyectada en el otro, al cual destruimos creyendo con ello destruírlo. La educación como ejercicio mortal apela al reconocimiento interior, al diálogo con el alma y al diálogo con los aspectos oscuros, negativos y que la cultura ha nombrado como vergonzosos, de manera que la represión no se constituya en la amnesia, en la enfermedad, que implica amputar una parte de nosotros mismos, aquella, acaso más singular y especial, que enriquecería la cultura y haría de la vida un permanente y polifacético irrumper.

Estoy afirmando que allí donde la educación falla en su tarea, en la búsqueda que es su esencia, cual es la de poner fuera, permitir y posibilitar la emergencia y la expansión de la especificidad y diversidad de cada ser humano y fomentar su manifestación psíquica e histórica, surgen esas otras tareas, también im-

posibles: gobernar y psicoanalizar. Mas afirmo, igualmente, que gobernar y psicoanalizar son emergencias imposibles, pues el suelo desde donde surgen y las consideraciones de las que parten, se alimentan, igualmente, de esa desigualdad y de esa falla que funda al patriarcalo, e incluso la acomodan aún más al construir como sujeto del discurso, del deseo y de la ley, al sujeto masculino, universal y hegemónico.

Psicoanalizar y gobernar emergen como tareas allí donde lo que se busca es una reforma y no un verdadero cambio, una enmienda, mas nunca la transformación necesaria de aquellas condiciones que a todos nos hacen tremendamente enfermos e infelices, y a la cultura el ejercicio devastador de los sujetos que la componen. Así, aunque aparentemente estas tareas se propongan recuperar su sentido profundo y corregir la falla en el desarrollo de la educación, lo que hacen realmente es adaptar mejor, y justificar mediante tretas conceptuales que no son más que consideraciones ideológicas, el ejercicio del poder: buscan justificar, igualmente, la supuesta supremacía masculina y, en consecuencia, la supuesta naturalidad de la inferioridad de la mujer, postulando como natural algo que es sólo cultural, de una cultura cuyos principios son la tiranía real y simbólica que soporta, mediante la enorme diversidad de sus normatividades y métodos de imposición, a todos aquellos que no posean lo masculino y sus valores como su meta y su fin, como su logro fundamental y como la base de su actuar.

Los varones, fascinados frente al espejo del mundo, encantados con su lógica y con su sistema de pensamiento, monólogos de espejo, terminan atrapados en la paranoia que construye en ellos allí donde sólo se refleja la mirada y la proyección de sus fantasmas. Ellos, auto-construidos como amos, han terminado siendo sus propios tiranos, y, en la más profunda inconsciencia, han hecho la guerra brutal intentando matar en sus semejantes aquello que han querido silenciar de sí mismos. En las imágenes atroces del acontecer de la cultura asistimos a aquello que ella ha querido negar de sí misma, a aquello que de ella no ha querido reconocer. La cultura patriarcal lleva una soga al cuello y tira y tira de ella, y en la muerca que ve en el espejo del mundo no reconoce la torsión y la contorsión de su propio rostro. El mundo agoniza en medio de la loa a sus valores y en el embrujo de su técnica y, al otro lado de sus centros de poder, de sus comunida-

des académicas y científicas, crece la agonía que poco a poco va invadiendo su centro y carcomiendo el corazón infartado de la vida y de la cultura.

El psicoanálisis afina y ajusta mejor la desigualdad, acondicionando y reestructurando aún más, acordando y aceptando las piezas de la opresión y haciendo de la diferencia la desigualdad. Por ello, descubrimos en él, en su formalización, que la cultura no sólo era patriarcal y masculina, dominada y legislada por los complejos del padre y su deseo opresivo y enfermó, y que esto era la norma, lo normal, sino, igualmente, que esta cultura es falocrática y falogocéntrica. Aprendimos que los diálogos monológicos del patriarcado son con un órgano divinizado, elevado al lugar de El Sujeto, La Verdad y El Ser que arrastra, sin embargo, su correlato corporal e imanta de divinidad, de dominio, de verdad, y construye como sujeto a aquellos que son poseedores ¿envidiados? de su representante en la carne, lo que igualmente los hace representantes de El (Dios) en la tierra.

Esa búsqueda anamnética, ese movimiento contra el olvido y en favor del reconocimiento de nuestra más honda especificidad, se frustra, igualmente, en los cobardes pensamientos reformistas y en el ejercicio, inutilidad, de alteraciones aparentes que terminan siendo ajustes para mejor someter, métodos para recomodar la memoria a los mandatos del poder y de la cultura, de la norma y de la tiranía simbólica.

Y gobernar, por otra parte, ha terminado por afirmarse sobre homogeneidades a partir de las cuales se construyen consensos que terminan siendo tremendamente opresivos para las individualidades y para sus búsquedas y desarrollos psíquicos. Gobernar, como afirmé antes, no se ejerce bajo la consideración de la libertad de vivir a plenitud el ser; sino que esta tarea se eleva, precisamente, sobre la ignorancia de esas individualidades y entrega a otros individuos el poder de amos que determinan el curso de las sociedades, así como el control de la vida de los seres humanos. Gobernar ha pasado a ser sinónimo de someter, subyugar y, sobre todo, de arrancar a los seres humanos el derecho vital a su autodeterminación y a su autonomía. Así, gobernar es, hoy, el ejercicio de una acción que mediante la coacción, la amenaza y el miedo, impone una homogeneidad que cubre como un espectro el conjunto de las sociedades. Gobernar, como autodeterminación a partir del conocimiento psíquico de cada

ser humano, llama y nombra la autonomía y no el automatismo que surge de éste como ejercicio del poder.

Por otro lado, una búsqueda que verdaderamente le arrebatase al olvido la dirección del deseo que sitúa al ser humano en el camino de su singularidad, implica esencialmente a la educación como ese proceso mediante el cual se pone fuera, se expresa, se exterioriza, se crea. Educar, por tanto, estaría, igualmente, al servicio de la memoria y del lenguaje en tanto éste es, en la dirección del levantamiento del olvido, dejar salir, poner fuera, expresar, un movimiento, en fin, de la interioridad hacia la exterioridad, de lo íntimo a lo externo, donde se presente en el mundo aquello que es germen de la vida y de su diversidad. Así, pues, una educación fiel a su fundamento y dirigida a posibilitar y desplegar lo que ella es, tendría como meta la memoria, pues en ello va lo más humano de cada ser humano: el develamiento del fundamento a partir del cual restauramos y recuperamos nuestra más radical especificidad.

El movimiento contra el olvido permite la estructuración de la identidad del ser humano, el reconocimiento de su pertenencia a la humanidad y su emergencia desde la profundidad cómica y natural, actuando en el mundo y en la naturaleza la singularidad de la cual él es expresión. Desde este reconocimiento, el ser humano tendrá la posibilidad para conducirse en su medio cultural y para ejercer su diversidad de manera ética, es decir, en la vía del reconocimiento y de la conciencia de aquello que más profundamente es, de manera que gobernar pueda ser, verdaderamente, un conducirse y no un ejercicio de exterminio, asesinato y exclusión.

La educación bajaría, pues, contra el olvido, manteniendo viva la memoria, no como memoria justiciera o resorte de la venganza ni como vía a la exclusión y a la continuación del ciclo de violencia que encierra a los sujetos de esta cultura. Sería, por el contrario, una memoria comprensiva, luz en la noche de nuestra alma, saber acerca de lo acontecido y reconocimiento de los resortes profundos, hundidos en la amnesia, acerca de lo que somos; una memoria, en fin, que nos permitiría el reconocimiento y la conciencia que podrían impedir la repetición psíquica e histórica de los horrores de la destrucción de la vida que han estructurado nuestra historia.

Educar, trabajar contra el olvido o, más aún, levantar los velos que se cierran sobre nuestros ojos impiéndonos el acceso a

aquello que nos funda, que nos forma y modela nuestro ser y los modos de vivir en la tierra y en el plano de la colectividad humana, significa, entonces, reconocer lo que el espejo de la historia nos muestra de nosotros mismos y construir un mundo en el que sea posible la transformación de las causas que nos destruyen y el reconocimiento y la conciencia de aquello que impulsa y cohesionan actos en los que la humanidad misma, nosotros, nos laceramos, dañamos y destruimos.

Recordar es, pues, recordar el fundamento, porque el olvido siempre es del origen, de la fundación que nos inaugura como humanos y de los asuntos que nos revelan nuestra ineludible pertenencia a la naturaleza. El proceso anamnético nos llevaría a reconocer que somos voluntad vital, impulso energético, que la vida se inspira y conspira, igualmente, como conciencia; y nosotros conduciría a la falacia a la que nos lleva la represión, cual es la de considerarnos superiores a la naturaleza. Ésta nos constituye, nos funda y contiene las claves que por reprimidas y olvidadas nos inundan y destruyen. Recordar, y educar como el proceso que debe permitirlo, sería la vía a partir de la cual reconoceríamos los asuntos, hondos, que nos mantienen atados a la naturaleza y que contienen las claves de lo que somos.

Se trata, entonces, del proceso de saber acerca de nosotros mismos, de ese proceso, la educación, en el que indagamos en la humanidad y en nuestra alma por el «quién soy» que nombra el origen y, en éste, nombra al mito, a las construcciones simbólicas desde las cuales la vida de un ser humano se despliega en la vivencia de aquello que constituye su especificidad, y desde ese entramado, desde esa red y sostenido por ella en tanto ella es el tejido de la humanidad toda, aprende y desarrolla su dirección y su ser en la urdimbre de la vida.

Considero que el mito es el asunto esencial en el proceso contra el olvido que caracteriza la esencia de la educación, y la red simbólica que en su multiplicidad éste conforma es el fundamento sobre el cual cada ser humano se desplaza, se anuda y vive la vida como simultaneidad y no como causa y efecto, culpa, linealidad, consecuencia, sucesión lógica, literalidad, secuela, etc. Se trata, más bien, de la vida de cada persona que en el horizonte de la simultaneidad, soportada ésta por la red sobre la cual se conjugan los múltiples sentidos contruidos por la humanidad en su residencia en la tierra, puede moverse por todos los mo-

dos, acceder a la diversidad de sentidos, construir nuevas relaciones y anudamientos, puesto que allí cada ser humano sería un andariego de la red, un itinerante por el tejido, un errante de asociaciones sobre el fondo de esa construcción simbólica sobre la cual se sostiene en y desde la vivencia de la diversidad.

La tarea de la educación no es, pues, una tarea que desde la historia especula acerca del alma humana y la induce y la comprende hacia y desde la concepción única y opresiva de esta cultura patriarcal. Su tarea, por el contrario, es simbólica en el sentido de educar en el mito y con ello, educar en la diversidad de significados, en la multiplicidad de direcciones y en la enorme amplitud a partir de la cual se puede comprender el despliegue de una vida humana y su estar en el mundo.

Así, pues, la educación tendría como camino y senda, como fundamento y como esencia, el mito y no la historia, la coincidencia y no la sucesión secuencial y causal que lleva a la culpa, que lleva a la confesión, que lleva a la exclusión; pues en la red que el mito conforma y en la que se sostiene nuestra humanidad, somos viajeros incansables por esas intermitencias que son los estados de ánimo y las visibilidades del ser, andariegos del rizoma, nos movemos en la simultaneidad, recorremos modos, padecemos sentidos y direcciones y aportamos nuevos anudamientos en la vivencia de nuestra especificidad; allí somos, en fin, florecencias de un rizoma en cuyo soporte y amplificación devenimos, no como seres para la muerte como lo ha querido sostener gran parte del pensamiento patriarcal justificando con ello la barbarie y el odio a la vida, sino como seres del goce de la vida viva.

El ejercicio totalitario y hegemónico de un mundo plano, literal y lineal, de una perspectiva exclusiva y de una vivencia única de la vida, del amor y de la sexualidad, encontraría su subversión e imposibilidad en el mito, pues allí asistimos a los modos que desde su multiplicidad de sentidos y desde el enorme estallido de posibilidades, nos proveen del ámbito desde el cual poder asumir y vivir nuestras singularidades. Esta diversidad mítica y su correlativa multiplicidad simbólica nos permite, igualmente, defendernos de la enfermedad que la inundación causada por lo olvidado en nombre de la cultura puede producirnos.

El mito sería, así, la herramienta sin igual contra la comprensión de la historia que desde una posición y concepción oficial y única, lee los acontecimientos, determina el sentido y señala y

estigmatiza a esos seres del afuera: a lo femenino, las mujeres, los anormales, los antisociales, los marginales, los parias y los apesadados, para excluirlos, perseguirlos y asesinarlos. El mito y la educación que nos lo enseñaría como fundamento e instrumento de libertad y pluralidad nos posibilitarían, asimismo, el derribo de todo y de todos aquellos que se postulen como poseedores de la verdad y en nombre de ella señalen, marginen, segreguen, encierren, enfermen y asesinen. El mito, pues, se mueve contra el poder y correte, por tanto, los fundamentos de un gobernar que ha sido someter, perseguir la diversidad y la diferencia, oprimir.

En este panorama de la cultura patriarcal y de la educación allí inscrita y marcada como imposible, restaría la pregunta acerca del cómo y de los mecanismos que posibilitarían el desarrollo de aquello que la educación, aliada y marcada por el poder y la ideología, ha olvidado y ha amortazado. Sin embargo, otra pregunta, urgente, se alza temible y amenazadora, una pregunta que toca los bordes, los límites y la periferia, y emerge desde esa frontera, esa enorme frontera de echados, desplazados, inútiles y fracasados, desde esa frontera de los marginales, los parias, los apesadados: ¿Cómo sobrevivir en esta cultura con el peso doloroso y la mayoría de las veces urgente e inaplazable de vivir la diferencia sin perecer en la exclusión, sin fallecer en esos sistemas mortales que el patriarcado ha desarrollado para sus «anormales» y marginales?

En esa dirección comprendo la propuesta que Carl Gustav Jung hace a su paciente ante una inminente crisis psicótica, es decir, ante una inminente invasión de aquello que, constituyendo su más profunda especificidad y diferencia, de aquello que siendo su mismidad, al ser reprimido, contenido, mantenido al margen, amenaza, sin embargo, con invadirla. Y comprendo esta propuesta como la tarea por excelencia que la educación, en todo tiempo, debe poner al servicio del ser de cada persona. Veamos:

El Doctor Jung me contó que había tenido el caso de una doctora extranjera, muy racional y de mentalidad estrecha, que había estudiado psiquiatría y quería hacer un análisis de capacitación. Él se dio cuenta al instante de que la mujer tenía una psicosis latente, y de que la situación era bastante peligrosa. En vez de darle un análisis de capacitación estándar, la atiborró de tantos conocimientos simbólicos como pudo: historia de las religiones, mitología, tanta alquimia como él podía saber en aquel momento, y más

en ese estilo. Debido a su fuerte transferencia, ella se tragó todo aquello, pero sin ver ni remotamente qué tenía que ver con ella.

Entonces regresó a su país y de pronto la cosa estalló y la mujer se tiró por la ventana del hospital donde estaba trabajando. Se rompió ambas piernas, pero cuando la ingresaron en el hospital estaba loca de atar, totalmente perdida en un episodio psicótico. El médico que la trató escribió a Jung informándole de la evolución del caso, y le describió cómo después de tres días de estar, al parecer, completamente loca, articulando un discurso totalmente psicótico, empezó a recordar algunas de las cosas simbólicas que había leído y lo que Jung le había dicho acerca de ellas. Empezó a poner en orden todo aquello y en torno de ello formó un núcleo de una nueva personalidad yojica.

Pasadas tres semanas, había salido del episodio y estaba completamente normal, lo que había oído y leído antes acudió ahora a su rescate, y le permitió contener aquella experiencia emocional abrumadora en el marco de un entendimiento psicológico simbólico.⁴

Así, pues, una educación apoyada en el mito y abierta al enorme abanico de sus múltiples confluencias que constituyen la red que sostiene lo humano, sería la materia primordial para el soporte y la comprensión de nuestra diversidad e, igualmente, para la construcción de una cultura que no sólo consenta las diferencias, sino que fundada en la educación, busque promoverlas y permita a cada persona el sondeo y la expresión de éstas en el mundo.

Una educación así fundada, le daría a los sujetos las herramientas para hacer todos los viajes alrededor de todos los mundos posibles y para vivir todos los estados en la itinerancia y en la intermitencia de nuestra movilidad rizomática en y sobre la simbólica mítica. Esto no sería algo conceptual, pues nadie vive su especificidad como algo teórico o lógico, sino, más bien, como *pathos*, como la pasión que salva o que mata en su impulso irrefrenable por manifestarse, desarrollarse y hacerse historia y biografía, porque sólo así, en el mantenimiento de la especificidad, la vida es diversa y múltiple, variada, y se atiene a sus fines, a su dirección. Por ello y sólo por ello, pese al ordenamiento de la conciencia, pese a las amenazas de exclusión, encierro y muerte, pese, incluso, al miedo y al terror que los sistemas totalitarios y

4. Marie-Louise von Franz, *Alquimia. Introducción al simbolismo*, Barcelona, Luchterhaga, 1991, pp. 283-284.

excluyentes ejercen sobre los individuos, la especificidad, en muchos de ellos, se impone a los fármacos, las cárceles, los encierros o los buenos oficios de una supuesta cura.

El mito, y la educación que en él hundiría sus raíces y tomaría su impulso esencial, nos donaría, entonces, la posibilidad de ser móviles, cambiantes y fluidos; allí, se encuentran las herramientas que nos permitirían soportar nuestras especialidades y especificidades y no perecer ni en las cárceles de la homogeneización, ni en el tedio y el aburrimiento que son sus consecuencias. Navegar por el rizoma, asumir que somos viajeros de estados y vivientes de un ímpetu que nos toma como pretexto para manifestar la riqueza de la vida y su diverso arborrear, es algo que la educación puede proporcionarnos al invitarnos a recordar el fundamento y, con ello, al invitarnos a comprender que lo más extrañamente otro es siempre el rostro con el que tras un detenido examen en las imágenes del mundo reconocemos como más profundamente nuestro, es decir, que lo femenino, las mujeres, lo extraño, extranjero y ajeno, son los rostros que apelan en esta cultura a nuestra honda extrañeza, a nuestra más profunda otredad y a la más grande riqueza vital.

Pr

esi
«e
ra
a
n
ci
si
q
r
e
c
j
i